Hacia una Hermenéutica de la Escatología de nuestro tiempo

FERNANDO ARANDA FRAGA[1]

Resumen

Una de las notas características de la posmodernidad es haber llegado al momento cumbre del proceso de secularización operado por la conciencia moderna. El posmodernismo surge sustancialmente como la antítesis del proyecto moderno; precisamente se autoinstituye como un anti-proyecto. Dentro de la pluralidad de aspectos que contempla el tema del posmodernismo, analizaremos el proceso de secularización de la conciencia moderna, confluyendo, a partir del ingrediente de fuerte tonalidad panteísta que le proporciona la posmodernidad, en una religión a medida de la globalización y de los deseos y anhelos que definen al ser humano de esta época. Así, la escatología de este último tramo de la historia de la humanidad, cobra fuertes rasgos neopanteístas e inmanentistas, una escatología muy propia de una pseudo religión que le es perfectamente funcional a la globalización contemporánea.

Abstract

As a result of modern consciousness, postmodernism has reached the ultimate phase in the secularization process. Postmodernism is basically the antithesis of the modern project; indeed, it calls itself an anti-project. Among the multiplicity of issues involving the discussion of postmodernism, this paper tries to analyze the process of secularization of modern consciousness, which results—due to the strong pantheist overtones of postmodernism—in a religion which suits globalization and the desires and wishes characteristic of contemporary society. Thus, the eschatology of this last period in human history features strong

---

[1] Fernando Aranda Fraga, PhD en Filosofía (Universidad Católica de Santa Fe, Argentina), fue profesor de posgrado y director del Departamento de Investigación y Publicaciones de la Universidad de Montemorelos (México), y actualmente es decano de la Facultad de Humanidades, Educación y Ciencias Sociales de la Universidad Adventista del Plata (Argentina).

neopantheist and immanent overtones; a fitting eschatology for a pseudo-religion which suits the aims of contemporary globalization.

Résumé

Une des caractéristiques notoires du postmodernisme est le fait d'avoir atteint la phase culminante dans le processus de laïcisation engendré par la conscience moderne. Le postmodernisme est fondamentalement l'antithèse du projet moderne; en effet, il s'autoproclame comme un anti-projet. Parmi la multitude des questions concernant la discussion du postmodernisme, ce document tente d'analyser le processus de laïcisation de la conscience moderne, ce qui amène-en raison des fortes connotations panthéistes du postmodernisme- à une religion qui convient à la globalisation ainsi qu'aux désirs et souhaits caractéristiques de la société contemporaine. Ainsi, l'eschatologie de cette dernière période de l'histoire humaine présente de fortes notions immanentes et panthéistes, une eschatologie appropriée pour une pseudo-religion qui se conforme parfaitement bien aux objectifs de la globalisation contemporaine.

Una filosofía de la historia sobre dos épocas

MODERNIDAD o posmodernidad?; bajo este titular alternativo es que se puede plantear la cuestión de una supuesta ruptura o continuidad entre ambas épocas, todo ello bajo la idea directriz de la secularización de la conciencia moderna y el advenimiento de la racionalidad científica, proceso devenido, durante la posmodernidad, en un reemplazo del naturalismo, el deísmo y el humanismo, por la disolución del sujeto, el fin de la religión y de la historia, y el advenimiento de la cosmovisión neopanteísta y una moral relativista, carente de absolutos. En otras palabras, el proceso de la muerte de Dios –y por tanto del fin de la religión– se confunde, posmodernismo mediante, con el proceso de sacralización de sí mismo o, lo que es igual, de la conciencia.

Dentro de la pluralidad de aspectos que el tema contempla, se analizará el proceso de secularización de la conciencia moderna, estableciendo un paralelismo con el desarrollo de uno de los aspectos esenciales de la modernidad: la utopía, para concluir con la mención de lo que en la actualidad se presenta como una pseudo vía de escape del secularismo, el auge de la *New Age*.

El humanismo moderno, surgido en los inicios del Renacimiento, posee una indubitable intencionalidad secularista y sólo pretende fundarse en la ciencia natural, cuyo principal instrumento es la razón. Durante la modernidad, la

razón llega a ser la máxima autoridad, por lo cual "Verdad" será sólo aquel conocimiento que proviene de la investigación científica. Ésta sigue un modelo o patrón, cuyo método es hipotético-deductivo, modalidad triunfante desde Galileo, debido a sus innegables éxitos cosechados en las llamadas "ciencias duras". Ha quedado atrás la época en que toda verdad, para ser tenida como tal, debía estar fundada en la autoridad de la iglesia e incluso en la Revelación, su instrumento y fundamento último. De todos modos hay algo muy claro para la época: los descomunales descubrimientos de la ciencia y el aporte del nuevo método científico no conducen a la negación de Dios, ni mucho menos. Sí comienza a gestarse la idea que luego, poco más adelante en el tiempo, sostendrá el deísmo, es decir, que Dios existe, no tenemos un conocimiento ni una experiencia del mismo, pero su poder queda manifiesto como un Dios "ordenador" y "sustentador", mediante quien fueron hechas todas las cosas y el universo en su totalidad (véase el diagrama del flujo histórico de estos hechos en la Figura 1). Éste se rige por la sabiduría de las leyes que Dios le imprimió al crearlo. Curiosamente, y a pesar de la revolución científica que representaron la ciencia de Galileo y Copérnico frente al modelo de universo de Aristóteles, la misma idea deísta –aunque análoga– ya estaba presente en la teología del estagirita.

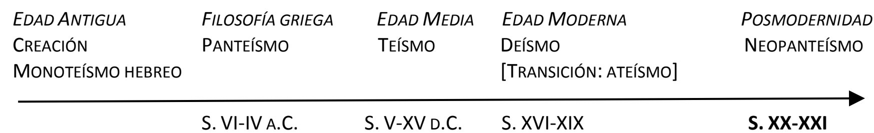


FIGURA 1: flujo del tiempo, desde la creación hasta la actualidad (Posmodernidad–*New Age*)

Junto a este monumental cambio paradigmático ocurre otro, que no es sino un subproducto simultáneo al primero: la creación de utopías o paraísos terrenales que surgen como alternativas humanistas a los sistemas políticos tradicionales. Se trata de una etapa de la historia en que al mismo tiempo en que la autoridad pasa de la iglesia al hombre mismo, también la salvación se va tornando inmanente, puesto que bajo la garantía tangible que ahora ofrece la ciencia como instrumento de dominación del mundo el hombre se eleva sobre sí mismo llegando a autoconcebirse con poderes y prerrogativas escatológicos. Curiosamente, las primeras utopías surgieron de un entramado socio-religioso, aunque en contextos plenamente humanistas. Paulatinamente, el pensamiento utópico moderno pierde su referente religioso y adquiere marcos de referencia cada vez más apartados de la

trascendencia, hasta arraigarse en un suelo nutricio total y absolutamente inmanente y materialista.

Ahora bien, ¿qué se puede decir, entonces, de la escatología secular contemporánea, desde el momento en que la corriente posmodernista, como bien se sabe, rechazando el proyecto moderno, se declara por sobre todas las cosas anti-utópico, importándole apenas el "aquí y ahora"? Sin duda alguna se trata de un movimiento que aparece como antítesis del proyecto moderno, lo cual, sin embargo, no significa que haya abandonado sus tradicionales aspiraciones escatológicas, ahora, dado el carácter que lo define, inmanentes en grado sumo. En efecto, el poder que está detrás del movimiento contemporáneo que ha dado en llamarse "posmodernista" lleva a cabo sus fines mediante dos frentes superpuestos y complementarios: por un lado se ejecuta la unificación de la política, cuyo más eficaz y característico instrumento es la globalización y, por otro, se avanza en pos de la unificación de la religión o, dicho de otro modo, en la negación de ésta, puesto que en la base de semejante unificación late fuertemente la intención de disolverla en una mera e inofensiva religiosidad *light*, a la medida de las demandas de una época que ya no reclama la existencia de relaciones profundas ni durables.

De antemano cabe señalar que una de las características que definen a nuestro tiempo, la cultura posmoderna o "hipermoderna", como se la comienza a denominar más recientemente, es su nueva experiencia del tiempo, una tendencia a que todo sea simultáneo. Fredric Jameson se refiere a la posmodernidad como el "tercer estadio del capitalismo", una etapa en pleno desarrollo, por lo tanto difícil de comprender, no sólo su funcionamiento sino también el lugar que ocupamos en ella:

> Estamos en una gran etapa de transición entre un capitalismo con sus propias formas culturales, su política y sus relaciones sociales, hacia algo nuevo. Para mí la cuestión más importante es reconocer una ruptura radical entre un momento ya acabado del modo de producción capitalista y este nuevo modo de producción, ya sea que lo llamemos posmoderno o de otra manera.[2]

Cercano a Jameson, quizás uno de sus precursores, Daniel Bell, ya percibía hace algunas décadas a la posmodernidad como la "edad de la sociedad postindustrial", concepto de lo posmoderno que el propio Vattimo intenta desmentir, al evaluar al pensamiento posmoderno –al cual denomina: "pensamiento débil"– como la superación de un juicio apocalíptico que

---

[2] Fredric Jameson, "Los sucios tiempos posmodernos", *Clarín,* sección Cultura y Nación, 18 de julio de 1996, 3.

antes había erigido la filosofía ante los desajustes producidos por la civilización industrial: "El pensamiento posmoderno trata de cambiar la actitud de la filosofía frente al mundo tecnológico. Ya no tiene sentido esa crítica radical y apocalíptica a la sociedad industrial". Pero aun así, mal que le pese a Vattimo, un cierto y fuerte malestar ecológico domina la mentalidad de toda una época, sabiendo que, ante todo, ya no quiere repetir el recorrido hecho por la razón moderna.

El discurso sobre la modernidad tradicionalmente la pintó como una época de oro en la historia del desarrollo de la razón. La lectura bajo los cristales de la modernidad situaba en una nueva época de permanente, seguro e indefinido progreso que, sin lugar a dudas, regía la historia. La contrapartida de esta versión de la historia moderna es la que hoy día presenta el posmodernismo. Su lectura retrospectiva no es quizás tan transparente, clara y distinta, como aquella otra realizada desde cristales modernos; en definitiva, no es ya racional, sin que ello signifique que en todo caso sea menos razonable, paradójica razón que le otorga una mayor lucidez, atributo que quizás haya alcanzado por el simple hecho de ser una mirada retrospectiva sobre el pasado, alumbrada por la riqueza de la experiencia adquirida.

Dos lecturas, dos interpretaciones, comúnmente organizadas bajo dos paradigmas distintos que se oponen en sus extremos; pero cabe la pregunta si quizás entre el final del primero de estos paradigmas y el comienzo del último no hay más que una sustancial solución de continuidad que se intentará descifrar. Antes, se repasa en qué consisten ambos paradigmas: modernidad y posmodernidad.

La edad de la razón

El paradigma de la modernidad se define por su vocación racionalista *in extremis*, aún el empirismo británico es apenas una variante de este aspecto. La preeminencia del sujeto es el signo de la época; hay una búsqueda del saber objetivo por sobre todas las cosas, pero ese saber surge a partir de la conciencia, la verdadera casa del sujeto moderno, en donde éste fundará la universalidad del conocimiento. Se trata, pues, del sujeto universal, animado por el propósito de llevar adelante una ciencia objetiva, verdadera, racional, mediante la cual será posible el advenimiento de un progreso sin fin. Pero, ¿cómo es posible esta pretendida universalidad fundada en la conciencia subjetiva?

Pueden señalarse algunos mojones en el camino, cuya cúspide filosófica es el pensamiento de Kant. El corolario de esta tradición moderna será la cima de la consumación de su paradigma: el progreso indeclinable de las ciencias y el advenimiento del estadio Positivo de la Humanidad –en textuales palabras de Comte, el fundador de la sociología como ciencia–, y la revolución socialista, con Marx y Engels, que tendrá como fin el logro de una sociedad sin clases, exenta de explotación. He aquí la utopía moderna plenamente consumada en su más prístina realidad material; la salvación del hombre subyace en el hombre mismo. La praxis de la razón moderna lleva en sí misma la semilla, inmanente por esencia, de su liberación escatológica.

Pero será bueno retroceder todavía un poco en el tiempo de este desenlace de una existencia sin Dios y mirar más de cerca en qué consiste la razón moderna. Es con el movimiento Iluminista, sin lugar a dudas, cuando mejor se cumple el paradigma de la modernidad: es la edad plena de la razón, la postulación de la utilidad del saber y del poder de la educación. En lo que respecta a la investigación científica, ésta se orienta hacia el conocimiento de la naturaleza a fin de asegurar su dominio. Se forja en esta época la firme creencia en que la sociedad puede ser reorganizada a fondo en base a principios racionales. En materia política y social se produce el auge de la democracia liberal y los inicios de la economía de mercado. La vida social moderna oscila entre una moral eudemonista social (utilitarismo) y la ética formal kantiana. Según Hegel, los nuevos tiempos comenzaban con la Revolución Francesa y la Ilustración. Es en este sub-período de la modernidad cuando confluyen y se fusionan las orientaciones filosóficas insular y continental y el Positivismo resulta su más directo heredero, seguido muy de cerca por el Marxismo. En estos dos sistemas filosóficos acabará por evidenciarse con claridad la cima moderna del proceso que denota el título del tema que nos ocupa.

La razón a la que se le rinde culto en la modernidad, y con mayor énfasis a partir de la Ilustración, es una razón deshistorizada, o "ahistórica", como se la prefiera llamar. Esta razón universal está por encima del espacio y del tiempo. Asumiendo la herencia de la tradición dualista, es una razón desencarnada del cuerpo, en consecuencia asume un papel superador de las pasiones y emociones que dependen del cuerpo y de la materia. De este modo el sujeto moderno, despojado de prejuicios y capaz de controlar sus emociones, alcanza el punto de vista universal. Tal es el carácter esencial del movimiento Iluminista. En la esfera religiosa lo que importa es aclarar los orígenes de dogmas y leyes, lo cual conduce a una religión "natural". Esto se manifiesta en un deísmo que no niega a Dios, pero que lo relega a la función de creador o primer motor de la existencia. Este aspecto religioso

de la modernidad se ha de tratar más adelante; ahora se orientará la mirada hacia el paradigma de la posmodernidad.

La razón en el banquillo de los acusados

Situado el punto de partida de este paradigma en la filosofía de Nietzsche, aunque ubicado poco antes, contemporáneo al Iluminismo, se debe hacer justicia con la fecunda semilla sembrada por el Romanticismo, corriente continental que inició la crítica de la modernidad poniendo énfasis, ya no en la razón, sino en la intuición, la emoción, la aventura, un retorno a lo primitivo, el culto al héroe, a la naturaleza y a la vida, y, por sobre todas las cosas, una vuelta al panteísmo. Nietzsche se encargará de revitalizar estos motivos casi un siglo más tarde, imprimiéndole su sello propio, una filosofía cuyos rasgos esenciales han de ser el individualismo, un relativismo gnoseológico y moral, vitalismo, nihilismo y ateísmo, todo esto sobre un telón de fondo irracionalista.

> Gianni Vattimo tiene razón cuando ve en Nietzsche el origen del posmodernismo, pues él fue el primero en mostrar el agotamiento del espíritu moderno en el "epigonismo". De manera más amplia, Nietzsche es quien mejor representa la obsesión filosófica del Ser perdido, del nihilismo triunfante después de la muerte de Dios.[3]

La posmodernidad, en contraste con la modernidad, se caracteriza por las siguientes notas: nihilismo y escepticismo, reivindicación de lo plural y lo particular, deconstrucción (Derrida),[4] relación entre hombres y cosas cada vez más mediatizada, lo que implica una desmaterialización de la realidad (Lyotard). Jean Baudrillard habla de un "asesinato de la realidad". En su libro *El crimen perfecto*, presenta metafóricamente cómo se produce en las postrimerías de siglo esta desaparición de la realidad mediante la proliferación de pantallas e imágenes, transformándola en una realidad meramente virtual: "Vivimos en un mundo en el que la más elevada función

---

[3] Alain Touraine, *Crítica de la modernidad* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1994), 116.

[4] Acerca del método de la deconstrucción, y más específicamente, sobre cómo opera la deconstrucción mediante sus principios hermenéuticos en la teología, véase Fernando L. Canale, "Deconstrucción y teología: una propuesta metodológica", *DavarLogos* 1, 1 (2002): 7-14.

del signo es hacer desaparecer la realidad, y enmascarar al mismo tiempo esa desaparición".[5]

Jean-Francois Lyotard explica la "condición posmoderna" de la cultura como una emancipación de la razón y de la libertad de la influencia ejercida por los "grandes relatos",[6] los cuales, siendo totalitarios, resultaban nocivos para el ser humano porque buscaban una homogeneización que elimina toda diversidad y pluralidad: "Por eso, la posmodernidad se presenta como una reivindicación de lo individual y lo local frente a lo universal. La fragmentación, la babelización, no es ya considerada un mal sino un estado positivo", porque "permite la liberación del individuo, quien despojado de las ilusiones de las utopías centradas en la lucha por un futuro utópico, puede vivir libremente y gozar el presente siguiendo sus inclinaciones y sus gustos".[7]

La posmodernidad, dice Lyotard, es una edad de la cultura. Es la era del conocimiento y la información,[8] los cuales se constituyen en medios de poder; época de desencanto y declinación de los ideales modernos; es el fin, la muerte anunciada de la idea de progreso. El posmodernismo tiene en *Internet* uno de sus signos representativos, porque mediante esta red de comunicación informática intermundial es posible la unión de dos

[5] Jean Baudrillard, *El crimen perfecto* (Buenos Aires: Anagrama, 1996), citado por Graciela Speranza, "Un asesinato real", *Clarín,* sección Cultura y Nación, 29 de agosto de 1996, 9. Con respecto de la posición sostenida por Baudrillard, en cuanto a la concepción de la realidad como simulacro, la pérdida del concepto de realidad y los efectos en cuanto a la implosión social, cf. Félix Duque, *Postmodernidad y apocalipsis. Entre la promiscuidad y la transgresión* (Buenos Aires: Universidad Nacional de General San Martín, 1999), Cap. 13: "Baudrillard o el desmantelamiento semiotecnológico de la postmodernidad", 77-96.

[6] "Los 'metarrelatos' a que se refiere *La condición posmoderna* son aquellos que han marcado la modernidad: emancipación progresiva de la razón y de la libertad, emancipación progresiva del trabajo (fuente de valor alienado en el capitalismo), enriquecimiento de toda la humanidad a través del progreso de la tecnociencia capitalista, e incluso, si se cuenta al cristianismo dentro de la modernidad (opuesto, por lo tanto, al clasicismo antiguo), salvación de las criaturas por medio de la conversión de las almas vía el relato crístico del amor mártir. La filosofía de Hegel totaliza todos estos relatos y, en este sentido, concentra en sí misma la modernidad especulativa... ¿Cómo pueden seguir siendo creíbles los grandes relatos de legitimación?... Por metarrelato o gran relato, entiendo precisamente las narraciones que tienen función legitimante o legitimatoria" [Jean-Francois Lyotard, *La posmodernidad explicada a los niños* (Barcelona: Gedisa, 1995), 29-31]. Véase también Lyotard, *La condición postmoderna* (Buenos Aires: REI, 1989), 109ss.

[7] Nudler, "Homogeneidad versus babelización: un falso dilema", *Novedades Educativas* 68 (1997): 9.

[8] Cf. Peter Drucker, *La sociedad postcapitalista* (Bogotá: Grupo Editorial Norma, 1997), "Paso a la sociedad de conocimiento", 7-9.

fenómenos opuestos y complementarios, como el "globalismo" y la "fragmentación".[9] Por sobre todas las cosas, ocurre, en esta época, una notable pérdida del sentido histórico; la historia pierde definitivamente su valor, interés. Así, ¿qué lugar puede caberle ya a las profecías? Más aún, ¿qué espacio, como autoridad que describe e interpreta el pasado y el presente, y que permite predecir el futuro, le cabe ya a la Revelación bíblica en una época como ésta, de semejante pérdida del sentido de lo histórico?

La posmodernidad también se presenta como un vivir estetizante. La consigna es mantenerse siempre joven, se valoriza el cuerpo y toman auge las dietas, la gimnasia y la cirugía estética, se persigue la finalidad de mejorar la superficie, el envase, con el propósito de lucirlo. Lo que verdaderamente importa es el momento presente. Consumo, confort, lujo, dinero, poder, fama, son los valores predominantes. Es la plena vigencia, y nunca mejor que ahora, del viejo adagio de Protágoras: *"el hombre es la medida de todas las cosas"*.[10] Se produce una redefinición de la ética y de sus postulados. Concluye la etapa del deber y la obligación y comienza una época en la cual el deseo personal, el interés y la autogratificación están legitimados como principios morales.[11] Hedonismo,[12] subjetivismo[13] y relativismo[14] absoluto

---

[9] Nudler, 9.

[10] "[...] en todas las cosas hay dos razones contrarias entre sí [...] El hombre es la medida de todas las cosas: de las que existen, como no existentes [...] el alma no es otra cosa que los sentidos... y todas las cosas son verdaderas". Protágoras, citado en Diógenes Laercio, *Vidas de los más ilustres filósofos griegos*, II (Madrid: Hyspamérica Ediciones, 1985), 155.

[11] Gilles Lipovetsky, *El crepúsculo del deber: La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos* (Barcelona: Anagrama, 1994), 154.

[12] "El marco cultural en el que nace y se desarrolla la Nueva Era responde a una visión individualista de la convivencia humana en el mundo, que guarda paralelismos y relaciones con el pragmatismo, el inmanentismo, el hedonismo, el escepticismo y el relativismo. Todas estas corrientes constituyen el sustento caracterizante de la cultura de nuestro tiempo. Podría decirse que el subjetivismo es un relativismo del sujeto [...] Gilles Lipovetsky ha mostrado cómo la cultura contemporánea consagra el imperio de una subjetividad cerrada a sí misma. Él ha descripto con acierto algunas características del individualismo actual del que la *New Age* expresa su despliegue ambiguamente espiritual: todo lo que supone sujeción o disciplina austera se ha desvalorizado en beneficio del culto al deseo y a su realización inmediata... Obsesionado por la búsqueda de sí mismo, y centrado exclusivamente en su realización personal, el individuo a ultranza obstaculiza cualquier discurso. En un ambiente ***light*** las invitaciones a la aventura y al riesgo encuentran una tenue respuesta y se enfrentan a una actitud de pasividad y sin forma" (el resaltado es del autor) [Roberto Bosca, *New Age. La utopía religiosa de fin de siglo* (Buenos Aires: Océano, 1994), 90, 92-93].

[13] Un interesante comentario, con ejemplos aplicados tomados de centros de la Nueva Era, puede verse en el libro de Russell Chandler, *La nueva era. Descripción y evaluación de este nuevo*

son los principios que rigen la época, el sexo libre una de sus consecuencias. Todo aquello que emane de la libre creatividad del hombre es lo que realmente vale. Junto con la razón se ha perdido el significado de la verdadera libertad. Los sucesos pasan, se deslizan. No hay ídolos ni tabúes, tragedias ni apocalipsis, "no hay drama" expresará la versión adolescente posmoderna. "La cultura tiene rasgos mucho más difusos que en el período moderno. Las formas modernas han sido heredadas por la cultura de masas".[15]

Habermas señala que el posmodernismo no propone solución alguna a los problemas que plantea, se presenta como anarquista y nihilista, y su abandono de la universalidad resulta sumamente peligroso.[16] "Sin unos principios o éticas mínimas no hay posibilidad de ser críticos y resistir al status quo. Por eso en el fondo del posmodernismo anida el neo-conservadurismo".[17] No hay más lugar alguno para la revolución; la sociedad es como es, no cambiará ni nadie quiere hacerlo. El posmodernismo acepta las aplicaciones utilitarias y tecnológicas de la ciencia, pero no sus ideales de verdad y progreso.

> La verdad es un valor que se diluye: se funda en la convicción de que el hombre puede conocer las cosas "en sí mismas", lo cual se revela empero imposible. El conocimiento y la sociedad con su cultura no se basan en

---

movimiento socio-religioso (El Paso: Editorial Mundo Hispano, 1991), Cap. 19: "Sicología: de afuera hacia adentro", 148-155. Véase también Bosca, *New Age*, Cap. IV, # 5: "Subjetivismo", 87-99.

[14] "Los relativistas opinan que la aceptación de verdades y de valores depende de formas de vida o de culturas particulares a menudo muy distintas unas de otras y que los procedimientos para zanjar desacuerdos son simplemente costumbre o usos propios de cada cultura o forma de vida, de modo que no cabe encontrar ni verdades ni valores ni procedimientos universales, como no sea imponiendo por la fuerza algunos bien particulares. Naturalmente, los relativistas y sus rivales creen más cosas aparte de éstas, pero con ellas les basta para que sea muy difícil de imaginar la manera como podrían convencerse unos a otros" [Antonio Valdecantos, *Contra el relativismo* (Madrid: Visor, 1999), 19].

[15] Jameson, "Los sucios tiempos posmodernos", *Clarín,* sección Cultura y Nación, 18 de julio de 1996, 2.

[16] Respecto de esto y la influencia del relativismo sobre nuestra época, se recomienda ver el texto de Valdecantos, *Contra el relativismo*, Cap. 8: "Cuatro razones para no ser relativista", 135-145.

[17] José María Mardones, *El desafío de la posmodernidad al cristianismo* (Santander: Sal Terrae, 1988), 17.

> verdades sino en una serie de metaforizaciones, apoyadas de palabras "justas" ofrecidas por las convenciones sociales.[18]

La crítica posmoderna a la objetividad termina abriéndole una puerta al mito, la magia (no se pase por alto el espectacular éxito de la saga de Harry Potter, o "El señor de los anillos", por ejemplo), el yoga y la *New Age.* La posmodernidad significa un reencuentro con la naturaleza, un encuentro con el orientalismo y el holismo. Se proclama una armonía total y disolución del individuo en el cosmos. Ya no es menester dominar la naturaleza, sino insertarse, integrarse en ella.

> La sociedad moderna era conquistadora, creía en el futuro, en la ciencia y en la técnica, se instituyó como ruptura con las jerarquías de sangre y la soberanía sagrada, con las tradiciones y los particularismos en nombre de lo universal, de la razón, de la revolución. Esa época se está disipando a ojos vistas; en parte, es contra sus principios futuristas que se establecen nuestras sociedades, por este hecho posmodernas, ávidas de identidad, de diferenciación, de conservación, de tranquilidad, de realización personal inmediata; se disuelven la confianza y la fe en el futuro, ya nadie cree en el porvenir radiante de la revolución y el progreso, la gente quiere vivir enseguida, aquí y ahora, conservarse joven y no ya forjar el hombre nuevo.

La posmodernidad significa, en última instancia, la definitiva defunción de la idea de progreso, el fin de las utopías, o como declara Francis Fukuyama –sirviendo a los intereses de la globalización–, el "fin de la historia". "Asistimos al final de la creencia generalizada en el progreso. Ha caído la fe en la modernidad porque ha desaparecido también la expectativa por la novedad (que es el mejor aliado de la conservación)". Pero, volviendo a lo que se planteaba anteriormente, respecto de la ruptura o continuidad del proyecto moderno, todo esto, ¿es realmente una novedad propia de la posmodernidad, o será simplemente el resultado final de un proceso iniciado hace ya unos cuantos siglos? Una mirada retrospectiva de este proceso permitirá percibir una curiosa y compleja relación entre la utopía, la idea de Dios, el desarrollo del secularismo y el destino de las escatologías. Por un instante se invita a repasar esto a la luz del paradigma de la modernidad.

---

[18] William R. Daros, *Filosofía posmoderna. ¿Buscar sentido, hoy?* (Rosario: CERIDER-CONICET, 1999), 109.

Las utopías modernas como correlato escatológico de la inmanentización de la existencia

La modernidad es, sin lugar a dudas, la edad de las utopías. Casi todo el pensamiento moderno se establece bajo una impronta utópica. Literalmente "*u*" "*topos*", en ningún lugar, significa la existencia de lo perfecto e incorruptible, cuya razón fundamental de existencia es operar como una meta o modelo a alcanzar. De algún modo durante la modernidad –y esto se observa con más claridad en sus comienzos– la existencia de Dios era la razón de que el hombre creara, difundiera y creyera en las utopías. Dios seguía siendo el modelo de perfección consumada a la cual se podía aspirar y habría de tender. El hombre moderno creaba, así, la utopía: un mundo mejor (perfecto), que no existía en ningún lugar, salvo en su propia mente. "Y así puede verse también la propagación de lo que se conoce como 'modernidad' a partir del fin de la Edad Media, cuando el cielo pasa a estar en la tierra, aunque en un tiempo futuro y siempre que se siga un camino llamado 'progreso'".[19]

El hombre toma a Dios como modelo de perfección pura y partiendo de lo que tiene a mano, de lo conocido y tangible, crea una realidad utópica, aislándola de toda posible corrupción terrenal, aún y a pesar de que en su construcción mental la utopía dispusiera de las máximas condiciones materiales posibles (la *Utopía*, de Tomás Moro, la *Ciudad del sol*, de Campanella, la *Nueva Atlantis*, de Bacon, y otras). El hombre opera aquí como un *Demiurgo* (así llama Platón a su dios creador del universo), que organiza el planeta de acuerdo con un modelo del mundo perfecto existente en un "mundo celeste" divino. Ya se percibe en esta actitud humana de intentar crear algo perfecto (utopía) cierta aspiración por ser semejante a Dios y realizar una actividad que es propia del Ser divino. Recordemos la mentira de la serpiente en el Edén: "Seréis como dioses", aseveró a Eva, cuando ésta osó poner en duda la legitimidad de su invitación.

> Así, la utopía se emparienta con el 'síndrome paradisíaco' que se encuentra en las culturas más diversas, en sus mitos, en sus escatologías, en sus visiones milenaristas, etcétera. Este paraíso no está imaginado necesariamente como situado en el más allá puramente espiritual; en muchos casos, está localizado en este mundo, pero está transformado por la fe. Puede inscribirse en un tiempo lineal, pero también en un tiempo cíclico, el del mito del eterno retorno. La 'búsqueda del paraíso terrestre' y la nostalgia paradisíaca terminaron por ser radicalmente secularizadas por la cultura occidental. Las utopías, así como el mito del progreso

[19] Nudler, "Homogeneidad versus babelización: un falso dilema", 8.

> indefinido, sólo serían los resultados más notables de esta secularización. Sin embargo, siempre se puede descifrar en ellos la presencia de una nostalgia ancestral.[20]

Aún así, la extrema lejanía del ideal representado por las utopías renacentistas mantenía con sus creadores una relación de cuasi trascendencia que de algún modo imponían cierto respeto ante la separación y lejanía de lo divino. Paulatinamente se observará cómo esta relación de la utopía con su creador se irá desacralizando. Esta característica determina la orientación que adquieren las historias modernas, a diferencia de las historias premodernas, cuyo verdadero sentido estaba en la salvación del alma. La vida moderna ya no tiene su sentido en una vida eterna, trascendente, sino en una vida terrenal, secularizada. "Su tema no es ya el de la lucha entre el bien y el mal en un sentido metafísico, sino entre la razón, encarnada especialmente en la ciencia y la tecnología, y la irracionalidad, con sus secuelas de ignorancia, superstición y atraso".[21]

Proceso de inmanentización de lo divino

Según la cosmovisión teísta medieval, Dios es una persona trina, en unidad de propósito y pensamiento, es creador y quien ejerce el gobierno sobre el mundo; se admiten con plenitud su providencia y revelación. La verdad revelada es irreductible a una verdad racional, conocida por todos los seres humanos. Por el contrario, la cosmovisión moderna es básicamente deísta. Dios queda admitido como principio y causa del mundo. El hombre moderno no está dispuesto a admitir que Dios se ocupa de los hombres, de su historia y destino; de lo contrario no podría explicarse la existencia del mal. En los epígonos de la modernidad ya será otra la cosmovisión, y será también muy diferente la índole de las utopías. En esta radical distinción, y como producto del vaciamiento de sentido de la idea de Dios operado en la conciencia posmoderna, podemos encontrar parte del fundamento de la muerte de las utopías.[22]

---

[20] Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1991), 76-77.

[21] *Ibíd.*

[22] "En el campo científico –cuya mentalidad o *forma mentis* domina el pensamiento actual tal vez como nunca antes–, el tema de Dios es uno de los que un científico medio calificaría como no abordable 'racionalmente', esto en el mejor de los casos, y un pseudo-problema o una cuestión carente de sentido en el de los más influidos por las filosofías surgidas del cientificismo, sea el positivismo lógico, la filosofía analítica o el estructuralismo. Joseph Pieper ha visto muy bien qué quiere decir un intelectual contemporáneo, científico,

El proceso de la muerte de Dios y el advenimiento de una cultura secularizada se inicia con el antropocentrismo renacentista, pasando por el subjetivismo, el Iluminismo y su endiosamiento de la razón, el Positivismo, el materialismo en sus diversas formas, humanismo y nihilismo; ya no queda en la vida actual lugar alguno para Dios.[23] Los momentos culminantes de tal

---

filósofo o literato, cuando declara que el tema de Dios no puede ser racionalmente planteado. Dice este autor [*La fe ante el reto de la cultura contemporánea* (Madrid: Rialp, 1980), 15ss] que frente al tema de la fe, y se puede añadir que frente al de Dios y aun ante otros temas metafísicos (el Ser, el Bien, el origen de los seres, etc.), el intelectual de hoy se siente obligado a ser 'crítico'. Ser crítico parece significar plantear todos los problemas al modo del científico (el científico experimental y el matemático). La posición 'científica' supone 'recortar exactamente' una cuestión y proceder a controlar, en lo posible con algún modo de medida o cuantificación, los factores o variables comprometidos en el fenómeno. Esta actitud es tanto la del sociólogo que analiza las series causales (frecuencias de suicidio o de delitos según sexo, clase social o cualquier otro índice) cuanto la del biólogo que anota con 'exactitud' el proceso de una infección y busca sus causas. Pero ocurre que no todo tema puede plantearse así y no por ello se deja de ser racional y crítico. Cuando uno se pregunta por el *sentido último* o total de la realidad, o de la propia existencia, del bien y del mal, obviamente no se puede adoptar la actitud mental de la ciencia experimental o positiva, ni, menos, la de la matemática. 'El hombre –dice Pieper– pregunta por la *totalidad* de la realidad y por el *conjunto* del mundo' (*Ibíd.*, 16). Inclusive cuando se ve frente a hechos tan concretos como la muerte de un ser querido, o su propia muerte, no le basta con saber qué está pasando o qué pasa con el cuerpo humano, diríamos con la 'fisiología patológica' de la muerte. Quiere saber el *sentido* existencial de ese tremendo hecho y, como dice Pieper citando a Whitehead, conocer el *hecho completo*, *the complete fact*. ¿Es esta pretensión poco *crítica, carece de sentido*, no es 'científica'? Por lo pronto no es para nada irracional, no tiene que ver con lo irracional. Todo lo contrario, no preguntarse por el sentido del hecho mayor de la vida, la muerte, eso sí sería poco razonable. Restringir nuestras indagaciones a lo que puede delimitarse con exactitud, como dice Pieper, sería una reducción arbitraria de lo real. La experiencia, por el contrario, nos lleva ineludiblemente a cuestionarnos por lo real como tal, es decir en su totalidad, en la que, por lo demás, estamos inmersos. El convencernos de la racionalidad de este no atenernos a lo 'científico' es ya un gran paso, quizá el paso decisivo en la vía de la superación de la dificultad actual de los intelectuales frente a Dios" [Abelardo F. Pithod, *Dios y el hombre contemporáneo* (Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1993), 103-105].

[23] "Hemos oído muchas veces decir que hay que ser 'positivos', que debemos atenernos a los hechos 'positivos', con lo que se está expresando sin saberlo que debemos ser 'positivistas'. Como decía el olvidado pero aún actual Augusto Comte, 'atenernos a los hechos positivos'. Ya sabemos que tales hechos son los que se pueden ver y contar, a cuya jurisdicción el hombre se afana por someterse, según André Frossard, desde hace dos o tres siglos. O tal vez peor aún, se prohíbe a sí mismo ciertas preguntas como esos 'por qué' de los que el biólogo Jean Rostand decía que 'no tienen derecho a salir de una boca humana', pero que '¡cuesta trabajo volver a tragarlos, cuando la náusea metafísica nos los pone en la garganta! [Jean Rostand, *Ce que je crois* (París: Bernard Grasset, 1953), citado por André Frossard, *No tengáis miedo* (Barcelona: Plaza y Janés, 1982), 55] ¡Obstinada náusea! como biólogo, Rostand debiera preguntarse por el sentido de esta pulsión siempre

proceso quedan constituidos por las filosofías de Hegel (un panteísmo encubierto tras la ambigüedad de una deificación del hombre racional: el universal concreto); Comte, quien liquidó la vida religiosa y metafísica al interpretarlas como dos estadios primitivos de un desarrollo que ha llegado al definitivo estadio positivo y la "religión de la Humanidad", con mayúsculas, por la cual se rinde culto racional al "Gran Ser"; el Marxismo, con su absoluta materialización de la existencia y su concepción de la religión como narcótico del que es preciso liberarse; finalmente, el nihilismo, representado por Nietzsche a partir de su negación de la metafísica, la moral del superhombre y el radical trastrocamiento de todos los valores.

Situado entre Hegel y Marx está Ludwig Feuerbach, quien apuntó sus dardos hacia el Dios trascendente del cristianismo, señalando que la idea de Dios no es más que una proyección del hombre:

> [...] el hombre saca fuera de sí su esencia humana, la ve como algo existente fuera de sí y separado de sí mismo, la proyecta, por así decir, al cielo como una figura autónoma, la llama Dios y la adora [...] El conocimiento de Dios es un poderoso "dar-luz", un potente alumbramiento: Dios aparece como un reflejo proyectado, hipostasiado, del hombre, tras el que en realidad nada hay. Lo divino es lo universal humano proyectado al más allá. ¿Y qué son las propiedades de la esencia divina: amor, sabiduría, justicia...? En realidad son propiedades del hombre, del género humano. *Homo homini deus est,* el hombre es el Dios del hombre: ¡esto es todo el misterio de la religión![24]

No le resultaría nada complicado a Marx, poco más adelante y a partir de los argumentos de Feuerbach, elaborar su crítica a la religión y al Dios del cristianismo. Nótese, por otra parte, qué simple puede resultarle a un ser humano posmoderno, y portador de las notas esenciales de su época, retocar apenas el conjunto de la argumentación de Comte y Feuerbach, y desembocar en la autodivinización de sí mismo y del mundo, tal como ha propuesto la *New Age.*

En forma paralela las utopías se fueron modificando, desde aquellas primeras formas renacentistas, de índole más bien geográfica y sobre un trasfondo que oscilaba desde un teísmo a un deísmo, pasando por "la paz perpetua" y la moral kantianas, el Estado racional de Hegel, el socialismo

---

recurrente y que no logramos reprimir. El hombre es un empedernido animal metafísico que no cesa, bien a pesar suyo algunas veces, de añorar la trascendencia. (*Ibíd.*, 105-106).

[24] Hans Küng, *¿Existe Dios? Respuesta al problema de Dios en nuestro tiempo* (Madrid: Ediciones Cristiandad, 1979), 283.

utópico, el Positivismo comtiano y, cerrando toda una época, la "sociedad sin clases", comunista, preconizada por Marx, utopía, esta última, profetizada y postulada con el extremo rigor de una pretendida necesariedad, y en la que a partir de su fundamento sustancialmente ateo no dejaba lugar alguno para la trascendencia.

Posmodernidad, neopanteísmo y *New Age*

Jean-Francois Lyotard, filósofo francés a quien se le debe la acuñación del vocablo "posmodernidad", y que falleciera pocos años atrás (2000), afirma en su obra cumbre, *La condición posmoderna*, que la principal característica de esta edad de la cultura occidental es haberse constituido en el fin de los "grandes relatos", o lo que es lo mismo: constituye una declinación de los ideales modernos, el fin de la revolución, la muerte de las ideologías, dirán muchos más hoy.[25]

La sociedad posmoderna deambula entre un agnosticismo heredero del ateísmo con que se cerró la modernidad y un neopanteísmo que rebrota como base de una nueva religiosidad. Es agnóstica porque tiene un fuerte barniz de tolerancia religiosa que se asienta en la indiferencia; para el ateo de alguna manera Dios debe seguir existiendo, al menos como enemigo. Neopanteísta, porque en ciertos aspectos hay en la conciencia posmoderna una búsqueda de lo sagrado que se encuentra en la sacralización de sí. Los valores de la posmodernidad están anclados en una absoluta inmanencia; el Dios trascendente ha llegado a ser un objeto pintoresco abandonado en el desván. El agnosticismo de esta época es el legado posmoderno del ateísmo con que concluyó la modernidad. La indiferencia ante Dios es la peor condena a la que se lo podía someter. Quienes están enrolados en el movimiento *New Age*, o al menos simpatizan con éste, objetarán que por el contrario, esta época está sumida en un retorno a la religiosidad, una religiosidad originaria, superadora de las formas conocidas, que produce una vuelta del hombre a Dios y a la naturaleza. Craso y engañoso error, la *New Age* no representa novedad alguna en este mundo, es lisa y llanamente un neopanteísmo, que condujo al hombre a su autodivinización.

Harold Bloom, profesor de humanidades de la Universidad de Yale, señala en su libro *La religión en los Estados Unidos. El surgimiento de la nación poscristiana*, que la influencia de la teosofía ha depurado al Dios de la *New*

---

[25] Véase Beatriz Sarlo, *Tiempo presente: Notas sobre el cambio de una cultura* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2010), Cap. I, # 4, "Identidades culturales. Las marcas del siglo XX", 24-46.

Age de todo lo antropomórfico;[26] en definidas cuentas, lo ha despersonalizado y "elude el espacio interventor de la encarnación. Por tanto, el cristianismo es, en su mayor parte, ajeno a la Nueva Era, excepto en la medida en que el cristianismo ya ha sido modificado para adaptarse a la religión estadunidense, de la cual la Nueva Era es a veces una encantadora parodia".[27]

Todo es válido en la *New Age*, lo que importa por sobre todas las cosas es la máxima realización del hombre, el culto a sí mismo y su unión íntima con la totalidad de la naturaleza. Es ésta una religión muy propia de la posmodernidad, sin sacrificios ni privaciones, carente de un Salvador, sin pecado y sin perdón. Quizás no se exagera al afirmar que esta nueva forma de religiosidad, hoy tan popular, ha vaciado definitivamente el contenido y el objeto de la religión. Es la consumación del paradigma de la modernidad; es, en definitiva, la esencia del paradigma de la posmodernidad.

La modernidad, analizada en el contexto de la utopía, muestra una radical oposición con la posmodernidad, que a partir de tal matiz representa una total ruptura con la época que la precedió. Bajo la perspectiva del análisis de lo acontecido con la idea de Dios y su puesto en el mundo, no pasa de ser una evidente continuidad. Tal vez la justificación de esta diferencia radique en que la "liquidación" posmoderna de las utopías sea, simplemente, un efecto de que el proceso de secularización ha llegado a su culminación.

Conclusión y moraleja para creyentes

Luego de ver algunos argumentos y postulados elementales del Humanismo, el movimiento secularista, el posmodernismo y la *New Age*, cabe preguntar, como cristianos creyentes en la Verdad bíblica, ¿qué se puede hacer ante el avance de esta inculturación que todo lo arrasa? Cuidarse es un buen punto de partida. Los peligros son tan reales sutiles y atrayentes como los que hubo más de 6.000 años atrás en el Jardín del Edén. Hay al menos cuatro puntos significativos para recordar:

---

[26] "El Dios de California difiere en que es una especie de naranjal público en donde uno puede recoger los frutos que uno quiera, cuando uno quiera, sobre todo porque Él es un naranjal que está dentro de nosotros. Su inmanencia perpetua y universal hace que sea muy difícil para un miembro de la Nueva Era distinguir entre Dios y cualquier otra experiencia" [Harold Bloom, *La religión en los Estados Unidos. El surgimiento de la nación poscristiana* (México: F.C.E., 1994), 201].

[27] *Ibíd.*, 200.

1. En la escatología posmoderna todo es válido. Lo importante es la máxima realización del potencial humano y la unión íntima entre el hombre y el mundo natural.
2. La *New Age* rechaza todos los puntos esenciales del cristianismo verdadero. Ignora la realidad de la condición humana: el problema del pecado y su entrada en el mundo. Minimiza e interpreta erróneamente el problema del conflicto milenario entre el bien y el mal. No tiene aplicación alguna para las grandes verdades del cristianismo, tales como la necesidad de reconciliación entre el hombre y Dios, la encarnación de Cristo y su sacrificio escatológico en la cruz.
3. La *New Age* es una pseudoreligión y los valores del posmodernismo un narcótico para la conciencia débil. Mientras que las verdades fundamentales de la Palabra de Dios son rechazadas, una nueva religiosidad universal intenta establecerse, mediante la cual hombres y mujeres puedan lograr su potencial completo sin Dios. La clave, aquí, radica en el poder humano y el potencial interior. Bajo banderas tales como el ecumenismo, el pluralismo y la tolerancia lanza consignas tales como que debe descreerse ya en la noción de que "todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios" (Ro 3:23) y que la única forma de liberación del pecado radica en la justificación que sólo la gracia y la redención que es Cristo Jesús son capaces de otorgar.
4. El poder seductor de la *New Age* y de formas similares de falsa espiritualidad se incrementarán en el futuro, y la única seguridad yace en confiar firmemente en Dios y en su Palabra. No hay sustituto. Los cristianos *light* son presa fácil de las redes de la *New Age*, y de cualquier otra forma facilista contemporánea de religiosidad.

Los cristianos tienen una responsabilidad para consigo mismos, para con el mundo creado por Dios y para con su prójimo. Quedan como problemas a resolver, aún en este mundo, como cristianos que aquí y ahora viven y que aspiran a la vida eterna en otro renovado, problemas como los reclamos de la crítica posmoderna por un planeta que fenece; la consecuencia del uso indiscriminado de una técnica y una política que dejaron hace tiempo de estar al servicio del hombre y que están matando la naturaleza creada por Dios; una vida burocratizada, vigilada y planificada por los incontrolables mecanismos de poder a cuyo servicio se colocan los *mass media*; un ser humano alienado económica, social y culturalmente, que ha perdido la única referencia válida que podía tener de sí mismo: la constante comunicación, cara a cara, con el Dios Creador, personal y trascendente, quien motiva a servir a otros inspirados por su amor y sentido de la justicia y misericordia

infinitas. He aquí el paradigma de la escatología bíblica que se ha extraviado. La fuente de semejante paradigma está siempre al alcance, no es otra que la Revelación de Dios mediante su santa Palabra y el principio básico de "*Sola Scriptura*". Su eterno *Logos* está siempre entre su pueblo, para guiar, enseñar, cual ayo y maestro, pero jamás se confunde con ellos, sino que mantiene su ubicación trascendente, a la manera de una trascendencia que incluye y, por ello, si se permite que obre en la mente y ser, salva de todo pecado y libra de caer en tentación. No se trata de una "gracia barata", menos aún de una salvación por méritos personales o, peor, deificación propia, como sostiene la *New Age*, con su concepción escatológica inmanente. Somos salvos porque el enorme precio de nuestra salvación lo pagó Dios mismo, quien, en estas mismas tierras que hoy pisamos y bajo este cielo, dio a su Hijo que murió en la cruz para darnos vida eterna. Escrito está y en esto creemos absolutamente.